

## *Valoración de la arquitectura postclásica de Cozumel y la costa oriental*

EMMA SÁNCHEZ MONTAÑÉS  
(Universidad Complutense de Madrid)

«Llaman los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumel. Joan de Grijalva, que fue el primer español que entró en ella, la nombró Santa Cruz, porque a 3 de mayo la vio. Tiene hasta diez leguas en largo y tres en ancho, aunque hay quien diga más y quien diga menos. Está en veinte grados a esta parte de la Equinoccial, o poco menos, y cinco o seis leguas de la punta de las mujeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo, con las cubiertas de paja o rama y aun alguna de lanchas de piedra. Los templos y torres de cal y canto, muy bien edificado» (López de Gomara, 1964: 305).

Esta descripción de la isla de Cozumel y de sus construcciones está recogida de López de Gomara y se refiere a la expedición de Grijalva de 1518. Entre 1517 y 1520, tres expediciones españolas al mando de Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés, avistaron las tierras orientales de la península de Yucatán, tocaron tierra en diferentes puntos y proporcionaron las primeras descripciones que poseemos de los monumentos mayas.

Algunos de los relatos nos traen a la mente la familiar visión de los restos arquitectónicos que aún hoy jalonan la costa oriental de la península: «e vieron una costa llana, con un edeficio en una parte della, cuadrado, a manera de torre blanca e baja, la cual parecía que tenía un chapitel». «E así, yendo corriendo los navíos por la costa adelante, vieron otro edificio que parecía otra torre como la primera» (Fernández de Oviedo, 1959 II: 119).

«E vieron por la costa, junto a la mar, algunas casas pequeñas, puestas a trechos, unas de otras desviadas, blancas e tan al-

tas como la estatura de un hombre, poco más o menos. Las cuales, segund después pareció, eran casas de oración, e donde los indios tienen a sus ídolos en quien adoran. Estas casas eran de cal e canto e bien labradas»... «desembarcaron al pie de la torre, que estaba junto al agua en la costa; la cual era un edeficio de piedra, alto e bien labrado»... (Fernández de Oviedo, 1959 II: 121).

«Y el capitán e su gente entraron en el pueblo, que estaba ahí junto, e había casas de piedra, e a lo alto dellas cubierto de paja, e otros edeficios de muchas maneras de piedra, algunos modernos e de poco tiempo, e otros algunos que mostraban antigüedad, al parescer muy hermosos» (Fernández de Oviedo, 1959 II: 122).

Muchos muestran una franca admiración ante la visión de las ciudades costeras: «fueron navegando por la costa, viendo con mucha maravilla grandes y hermosos edificios de cal y canto con muchas torres altas que de lejos blanqueaban y parecían bien» (Herrera, 1932 IV: 204). La visión de la ciudad de Tulum despertó comentarios admirativos en los integrantes de la expedición de Grijalvá: ...«corrimos el día y la noche por esta costa, y al día siguiente, cerca de ponerse el sol, vimos muy lejos un pueblo o aldea tan grande que la ciudad de Sevilla no podía parecer mayor ni mejor; y se veía en él una torre muy grande»... (Díaz V., Juan, 1971: 287).

De la expedición de Cortés también nos han llegado comentarios sobre lo que los ojos de los españoles tuvieron ocasión de contemplar. «Arribó cerca de un pueblo de cantería y buenos edificios. Entraron asimesmo en una torre alta y de piedra, y junto a la mar» (López de Gomara, 1946: 203).

Podríamos continuar citando los diversos testimonios, pero esta muestra vale para avalar la favorable impresión que los edificios mayas causaron en los españoles. Los calificativos admirativos se suceden: «edeficios de cal y canto e bien labrados», «altos e bien labrados», «muchas maneras de piedra», «edificios muy hermosos», «hermoso edeficios de cal e canto»... En otros casos los comentarios son más ecuanímenes y desprovistos de juicios de valor, lo que los hace aún más significativos: «labran de cantería los templos y muchas casas, una piedra con otra, sin instrumento de hierro, que no lo alcanzan, y de argamasa y bóveda» (López de Gomara, 1946: 186).

Unos cuantos siglos más tarde, sin embargo, la opinión de otros occidentales, arqueólogos e historiadores del arte en este caso, es de signo totalmente distinto. La actitud admirativa ha

dejado paso a otra más bien de signo despectivo, siendo frecuentes las opiniones que se refieren al Postclásico tardío como al testigo de una pronunciada degradación de la cultura en el norte de Yucatán, no constituyendo una excepción a esta tendencia el arte de la construcción. Los centros ceremoniales se hicieron menos extensos, las construcciones cívicas y religiosas más pequeñas, la calidad de la mano de obra fue muy inferior a la de los períodos precedentes. La cantería estaba pobremente desarrollada y los arquitectos confiaban en gruesas capas de enlucido para cubrir la basta mampostería.

Es generalizado también el considerar al estilo postclásico como ecléctico, portador de ideas y costumbres tomadas de aquí y de allá, pero sin ser capaz de amalgamar con éxito la variedad de elementos ni de crear una tradición propia que «valiera la pena» (Pollock, 1973: 437 y 439).

Desde estas consideraciones basadas en la «degeneración» de los estilos arquitectónicos, se suceden incluso valoraciones de carácter general sobre el declinar de la civilización maya, como que la fragmentación política y la decadencia artística fueron notables en el último período de la historia prehispánica de los mayas de Yucatán, concluyendo además que los mayas no hubieran sido capaces de ningún renacimiento cultural, incluso sin intervención de la conquista española (Baudez et Becquelin, 1984: 307); o que el mundo maya no cesó de declinar tras el extraordinario esfuerzo arquitectónico de Chichén Itzá (Stierlin, 1981: 196).

Dentro de estos mismos comentarios es tal vez posible encontrar una de las claves para esa consideración general del arte postclásico tardío y de la cultura maya tardía, en general, como un producto degenerado, como el final de un esfuerzo sobrehumano que se agotó en sí mismo.

Efectivamente, es en principio la comparación con el arte y con la sociedad clásica maya y aún con las primeras etapas del post-clásico, la culpable de esta consideración despectiva general. Hace unos años Sabloff ya mencionaba la perspectiva ocasional de «resurgimiento maya» para el postclásico tardío, aun cuando esta etapa es considerada por la mayoría de los autores como una época de decadencia cultural (1977: 77), y en un nivel de caracterización global el tema queda perfectamente analizado en una reciente obra de Arlen F. Chase y Prudence S. Rice (1985: 1). Ellos se refieren a los términos tradicionalmente usados para describir el período postclásico tardío, tales como «declive», «decadencia»

y «despoblación», y de cómo este mito se origina en 1920 cuando comienza a glorificarse una sociedad clásica maya pacífica, con la subsiguiente consideración del postclásico como una etapa guerrera y militarista. Ese aparente contraste suministró las bases para la visión de la decadencia y del declinar de lo maya.

Esta idea de degeneración, y no solamente en lo que al arte se refiere, viene también avalada por la aún existente pero simplista y trasnochada idea de la visión cíclica del desarrollo de las civilizaciones, con su subsecuente inicio, apogeo y decadencia. En este sentido es al período postclásico aal que le ha tocado la etapa final y es también en este sentido en el que, por ejemplo, se manifiesta algún autor cuando afirma que, los mayas, sobrevivientes de su glorioso destino y en la hora del desembarco de los españoles en Yucatán no eran más que una sombra de sí mismos (Stierlin, 1981: 201).

Afortunadamente la moderna arqueología y la antropología tienden a relegar este tipo de simples consideraciones, cosa que también debe hacer la antropología del arte, ya que exigirle ese esfuerzo a la historia tradicional del arte sería probablemente pedir demasiado.

El Postclásico tardío maya y más concretamente en lo que se refiere a la costa oriental de la península de Yucatán que es la región que hemos preferido como objeto de este ensayo por razones obvias, debe entenderse, por consiguiente, en sus justos términos y, de hecho, así está siendo considerado actualmente. En la citada obra de A. F. Chase y P. S. Rice (1985: 2 a 7), el Postclásico se define de un modo temporal y procesual. Sin entrar a fondo en el tema, que no es nuestro objetivo, vemos que esta etapa, antaño denigrada, representa por el contrario una serie de cambios de diverso carácter que se vienen anunciando ya desde el final del clásico y que dan origen a nuevos patrones de comportamiento y a nuevas condiciones de vida. Se subraya así la fuerza y complejidad de la cultura postclásica en términos de ajustes económicos y sociales. Uno de los aspectos de más espectacular desarrollo será, por ejemplo, el del comercio a larga distancia, una de cuyas vías principales discurre a lo largo de la costa oriental, rodeando la península de Yucatán, siendo más que probable que la frecuencia de los asentamientos costeros esté en relación con este tipo de comercio. Parece efectiva también una mayor presencia de pautas militaristas, con la existencia, entre otros rasgos, de ciudades amuralladas, militarismo que, junto con

el control del comercio, se ha utilizado para explicar el renacimiento y caída de las élites mercantiles de las tierras bajas del norte, sus uniones y alianzas.

Es un período también de amplios movimientos de población, siendo incluso posible que los Arawak asolasen ocasionalmente la costa este de la península yucateca, como los bucaneros del período histórico, hipótesis que aunque ha sido apuntada repetidamente (Miller, 1977: 97, 123; Sabloff, 1977: 82) y se ha intentado verificar en el terreno de la arqueología, tiene aún un carácter especulativo (A. F. Chase y P. S. Rice, 1985: 7).

Por último, la idea tradicional del descenso de población no es en absoluto aplicable a las tierras bajas del norte, y un simple vistazo a la gran cantidad de construcciones arquitectónicas, casi amontonadas en la costa, es índice representativo de la existencia de una gran población.

En resumen, si las actuales tendencias dentro de la arqueología y la etnohistoria tienden esencialmente a considerar el Postclásico tardío maya como una época con peculiaridades culturales propias e incluso con desarrollos significativos, la arquitectura de la costa oriental y, en general, las manifestaciones artísticas tardías mayas, en cuanto que el arte es un aspecto más de la cultura, de la cultura simbólica en concreto, no puede seguir siendo considerado por más tiempo como una manifestación «degenerada» del declinar de la civilización maya, sino como un aspecto particular, claro y distinto que responde a una realidad social diferente de la del clásico maya. O en otras palabras, que el arte y en concreto la arquitectura postclásica tardía de Cozumel y la costa oriental tienen una función diferente a la del mundo clásico.

Es tradicional también, dentro de una tendencia simplista y generalizadora, el hablar del arte y de la cultura maya como de algo unitario, cuando a simple vista, y aun para no iniciados, son patentes las acusadas diferencias que se encuentran a lo ancho del espacio y a lo largo del tiempo del proceso de desarrollo del área maya. Las diferencias entre el estilo maya de Tikal, de Uxmal, de Chichén Itzá o de Tulum, son absolutamente claras y, sin caer en la falacia de juicios de valor que considerarían a unas manifestaciones artísticas como de mayor categoría que otras, habría más bien que preguntarse el porqué de esas diferencias y a qué distintas realidades sociales están respondiendo.

Partamos, pues, de la revisión, de manera rápida y general, de una serie de elementos de acusada presencia en la arquitectura

postclásica de la costa oriental, antes de entrar en consideraciones de carácter más general y especulativo que nos llevará al intento de precisión de la función de esa arquitectura.

La costa este de la península de Yucatán es, junto con la isla de Cozumel, la región donde mejor se han conservado una serie de restos arquitectónicos que presentan un estilo peculiar y fácilmente reconocible, como trataremos de precisar.

Por ejemplo, es patente la frecuente aparición del techo plano de vigas y mortero, en sustitución de la, tan frecuente antes, bóveda maya; la arquitectura adintelada parece generalizarse en la época más tardía.

Son relativamente frecuentes también los vestíbulos columnados que se encuentran, entre otros lugares, en Tulum y Cancun, y en San Gervasio y Buenavista en Cozumel. Hay portadas columnadas, pero las columnas serpentiformes únicamente aparecen en la estructura I de Tulum. Columnas con figuras esculpidas solamente se han registrado en Miramar y La Expedición, ambos sitios de Cozumel (Andrews y Andrews, 1975: 102).

Rasgo común son las escalinatas enmarcadas por alfardas que rematan de forma vertical en su parte superior, de aspecto mexicanizante.

Una característica peculiar que proporciona un aire distintivo a la mayoría de los edificios de la región es la existencia de un panel rehundido o dintel remetido situado sobre la puerta de entrada. Su distribución es muy escasa fuera del área, por lo que Miller (1985: 41) supone que su origen se encuentra precisamente en el oriente de la península de Yucatán. Como otro importante elemento decorativo es constante la presencia de molduras en la parte superior de los edificios, molduras que, en algunos casos, se encuentran en estrecho contacto con los dinteles rehundidos.

Entre otros elementos que confieren también un aire propio a la arquitectura de la zona se encuentra el imprimir una fuerte concavidad a los paramentos exteriores de los muros. El edificio más representativo en este caso es el Templo del Dios Descendente, en Tulum, donde la curvatura de las paredes se acentúa además con un acusado desplome intencional que hace que los muros se abran hacia el exterior en contraste con la forma del vano de entrada, ligeramente trapezoidal (Gendrop y Heyden, 1975: 301).

Otros rasgos que se añaden al diseño arquitectónico son las zonas superiores de las fachadas ornamentadas con nichos verticales encima de las puertas de entrada, donde se encuentran en-

marcadas figuras en alto relieve, frecuentemente con la representación del «dios descendente», muy conspicuo en Tulum. Grandes perfiles recortados sobre los ángulos de los pórticos inferiores y grandes mascarones en las esquinas son otras características a mencionar.

La pintura mural, rasgo ampliamente extendido en esta época, es, por supuesto, un elemento definitorio aunque susceptible de un estudio aparte, aunque aquí debe ser mencionado dentro de la consideración general que estamos pretendiendo. Por lo menos es interesante destacar el mayor énfasis en la pintura, antes que en la escultura, para la cubrición de muros, cuyos ejemplos más significativos serían, entre otros, Tulum o Tancah.

Templos con basamentos inclinados se han registrado en Tulum y Cancun. En cuanto a formas, disposiciones y dimensiones de edificios, hay que mencionar, en principio, las estructuras circulares. Se han encontrado en Tulum, Tancah, Xelhá, Isla Mujeres, el Observatorio de Cozumel, etc. Aparecen siempre como un rasgo tardío, introducido en tiempos posteriores a la ocupación tolteca de Chichén Itzá (Andrews y Andrews, 1975: 103).

Una de las construcciones más distintivas de esta región y época es la que se denomina santuario o adoratorio. Se trata de un edificio de tan pequeñas dimensiones que impide a cualquier persona, incluso a las de muy baja estatura, estar de pie en su interior, lo que hace que los habitantes de los cocales de la zona los consideren como casas de «enanitos» (Peissel, 1973: 80). Suelen tener una única puerta de entrada y cubrición adintelada. Es frecuente la aparición de tales adoratorios de forma aislada en puntas rocosas, caletas o bahías protegidas por arrecifes, pero también se encuentran formando complejos con otras estructuras en las escalinatas de los vestíbulos columnados o formando el complejo denominado por Miller (1985: 42) de adoratorio dentro de adoratorio, en forma de edificios de tamaño cada vez más pequeño encapsulados por edificios de mayores dimensiones, todos pertenecientes al mismo período de construcción. El mejor ejemplo en este sentido es la estructura 16 de Tulum.

Esta somera revisión de algunas de las características de la arquitectura postclásica de la costa oriental permite la extracción de algún tipo de conclusión de carácter primario, siempre dentro del nivel teórico general en el cual nos estamos moviendo.

Es evidente la existencia de influencias estilísticas y de rasgos de diversa procedencia, procedencia que no intentamos precisar

ya que plantea todavía muchos puntos oscuros que necesitan de una gran labor de investigación, pero que indudablemente es altamente significativa. Tal es el caso de las pinturas de la Estructura 12 de Tancah o de la Subestructura 1 de Tulum, relacionadas con pinturas toltecas, o del famoso «estilo mixteco» de las pinturas de la Estructura 5 de Tulum, «estilo» ante el cual aún caben muchas precisiones y consideraciones (ver Miller, 1973).

Muchos de los elementos estilísticos mencionados son considerados, en general, como de carácter mexicano. Así por lo menos lo son por E. Wyllys Andrews y Anthony P. Andrews (1975), rasgos tales como los vestíbulos columnados o las portadas con columnas, las columnas con figuras esculpidas o las columnas serpentiformes. También, los basamentos en talud de los templos, las estructuras circulares o la verticalidad de los remates de las alfardas.

Podemos tal vez destacar que los elementos aparentemente de más inmediata significación y al parecer con una iconografía más o menos clara, pero en cualquier caso de larga tradición, como es el caso de las columnas serpentiformes y del Chac Mool, son los de más escasa presencia en el área que nos ocupa.

Hemos visto también la utilización de otros elementos estilísticos, como el desplome intencional y la curvatura de los paramentos, las cubiertas adinteladas, la utilización de molduras decorativas y el uso del dintel rehundido que, junto con los rasgos mencionados antes, en una simbiosis lograda, conducen a un estilo peculiar y definido que responde claramente a unas necesidades y a una intencionalidad práctica y estética muy clara.

Un elemento estético que a veces no suele tenerse en cuenta pero que en el caso que nos ocupa es muy evidente, es la situación geográfica de la arquitectura de la costa oriental en su integración con un medio ambiente particular, el marítimo, que no aparece muy habitual en el mundo maya —esta idea debe ser tomada con reservas, ya que faltan aún muchas excavaciones sistemáticas en la costa, pero en lo que a la arquitectura se refiere, la que nos ocupa es de fecha evidentemente tardía.

En términos más materiales y menos simbólicos es clara la situación de las construcciones, en general en estrecha relación con el mar.

E. W. Andrews y A. P. Andrews han realizado una clasificación en tres tipos de sitios, según su mayor o menor proximidad al litoral. Unos se localizan tierra adentro, a una distancia media de





1.—Cancún. Ruinas del Rey. Estructura 4.

1 Km. de la costa, como Tanchah o Akumal. Otros se sitúan en la inmediata línea de costa o a menos de 300 metros de ella, como Tulum o Xcaret. La mayoría de estos últimos parecen tener a mano unos cuantos pequeños grupos tierra adentro, que aparecen como extensiones del sitio principal, como es el caso de Xcaret. Dichos grupos se sitúan en áreas cruciales de recursos y de probable suministro de alimentos y agua para el sitio principal.

Los adoratorios aislados se colocan en la inmediata línea de costa, dominado el mar en zonas altas, en playas o promontorios rocosos que parecen sobresalir en áreas de dificultad para la navegación costera y son perfectamente visibles desde el mar. Estos templete aislados, como en Xelhá o Punta Tulsayab, se encuentran por lo general en las inmediaciones de un sitio tierra adentro, como si representasen avanzadas costeras de los asentamientos del interior.

La explicación general para esta atracción marina de la población se explica generalmente por el creciente comercio marítimo a larga distancia que caracteriza al período, aunque E. W. An-

drews y A. P. Andrews plantean el problema de los varios sitios de tamaño considerable que se localizan en el interior, para lo que ofrecen una explicación tentativa basada en la disponibilidad de los recursos, acceso a las fuentes de agua dulce, a la tierra cultivable y a los recursos marinos, así como al intento de huir de las periódicas inundaciones producidas por los huracanes, frecuentes en la región (1975: 104). En esta línea, cuando existía tierra firme fértil y agua dulce, se prefiere la situación costera, influenciada la elección del sitio por la existencia de ensenadas naturales y caletas utilizables como puertos de flotas de canoas. Tales son los casos de Tulum, Paamul o Xcaret. Donde los pantanos y la ausencia de agua potable impedían el asentamiento en la mera costa, los sitios se levantaban tan cerca de los puertos naturales y las playas como era posible, existiendo siempre en este caso templetos costeros como extensión del sitio principal.

En cualquier caso, la atracción costera es dominante y, dentro de los sitios de la costa central oriental de la península de Yucatán explorado por Anthony P. Andrews (1975), desde Playa del Carmen a Tulum y sobre la base de anteriores visitas y exploraciones, se advierte que los asentamientos y adoratorios costaneros se encuentran unos de otros a una distancia de 3 a 5 Km. por término medio.

La importancia del mar era, pues, grande, tanto desde un punto de vista económico como simbólico para los mayas de la costa oriental.

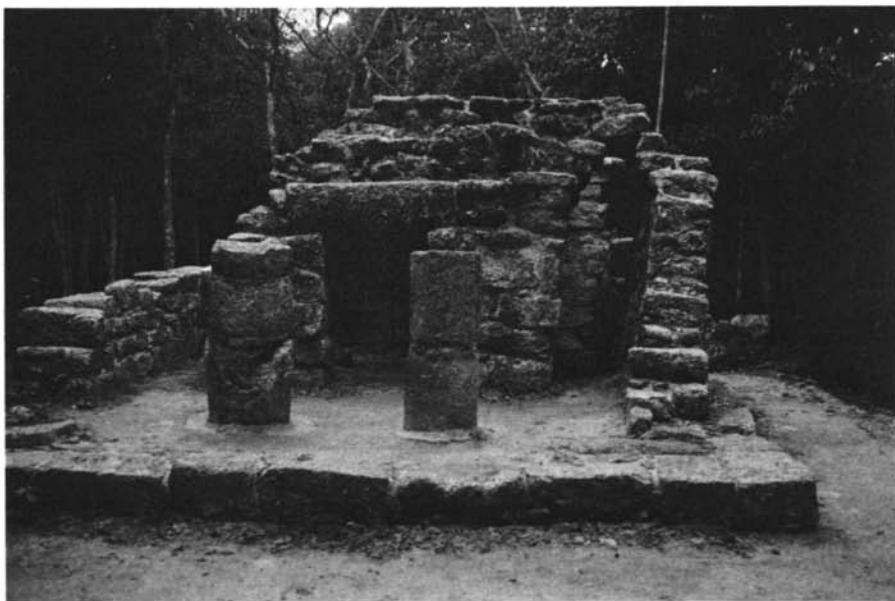
Para los aspectos económicos y fundamentalmente para los relativos al comercio a larga distancia, tema ya apuntado, podemos remitirnos a conocidos autores como Sabloff y Friedel (1975), Sabloff y Rathe (1975), Miller (1977), Barrera Rubio (1985), etc.

Los aspectos simbólicos y culturales han sido bellamente analizados en diversos trabajos por Arthur Miller (1974, 1977), de los que nos interesa destacar la idea de nacimiento, renacimiento y renovación que al autor une al increíble color azul verdoso del mar abierto en la costa este y al efecto que su visión debía causar en los mayas. Del mar nace la luna, Ix Chel, cuyo santuario en Cozumel era foco de peregrinación, deidad femenina cuya simbología se asocia claramente con la idea de nacimiento. Del agua del mar nacen también el sol y venus, Kukulcán, tras su viaje por el inframundo y en relación con el cual se consideran las estructuras circulares de la costa oriental.

Pero el mar debe estar también jugando en este caso un papel como elemento estético de primer orden, utilizado como marco espectacular, como elemento visual primordial, como elemento de atracción para el espectador.

Del mismo modo que es evidente que no podría entenderse el arte maya clásico de las tierras bajas del sur sin el marco verde de la selva, tampoco podría entenderse el arte de la costa oriental sin la presencia del azul verdoso del mar. Si las pirámides clásicas emergen y se levantan como intentando sobrepasar ese techo de esmeralda bajo el cual transcurre la vida del maya, los edificios orientales se aproximan y se integran en el aguamarina del Caribe, aun dándole muchas veces la espalda en una aparente ambivalencia de veneración y temor.

El mar es renovación, es vida, pero también es muerte en forma de terribles huracanes, de bajíos y escollos que dificultan la navegación costera e incluso de depredadores, como antes se apuntaba.



2.—Cozumel. San Gervasio: Grupo II, estructura 30-a.

De hecho, nos encontramos ante una gran cantidad de adoratorios en la mera línea de costa en lo que parece evidente su utilización primaria como hitos para facilitar la navegación en sitios difíciles e incluso como atalayas, de carácter defensivo, como se ha señalado para la costa oriental de la isla de Cozumel (Sabloff, 1977: 81).

Pero también y como ha apuntado Miller (1977: 130-131), estos adoratorios indicarían al navegante la existencia de un centro principal en el interior. El autor mencionado señala incluso la posibilidad de que estuvieran pintados con colores distintivos, claramente apreciables desde el mar, y que incluso cada color significase una diferente posición costera. Y es también probable que dichos adoratorios tuviesen que ver con ritos y cultos, tal vez llevados a cabo por los navegantes y en relación con el mar.

Con todo lo dicho, nos encontramos ante manifestaciones artísticas de un pueblo con una marcada inclinación hacia el mar, tanto para la obtención de sustento, elementos de tributo y materias primas como para su utilización como vía de comercio. El movimiento comercial se entremezclaba con un auge de las peregrinaciones religiosas, que hicieron de algunos lugares, como la Isla de Cozumel, un puerto de comercio de primer orden. La organización social seguía descansando sobre estrechas relaciones de parentesco sustentadas por innumerables linajes de carácter patrilineal (Roys, 1965). Pero éstos son temas sobradamente conocidos. Ahora nos interesa más bien destacar alguno de los caracteres atribuidos al pueblo maya de la costa oriental y que pueden ser significativos para la comprensión del fenómeno artístico.

Hay una palabra clave, reveladora del carácter del comerciante: «pragmatismo».

El carácter acogedor, acomodaticio, contemporalizador del maya oriental ha sido puesto de manifiesto repetidamente (Sabloff y Rathe, 1975: 9; Sabloff, 1977: 80) y no hay más que revisar los relatos de los primeros viajes de Grijalva o de Cortés para confirmar que la acogida que recibieron los españoles en Cozumel fue siempre amable en todos los casos, permaneciendo incluso más o menos impasibles ante la destrucción de sus ídolos ordenada por Cortés y la consiguiente implantación de los símbolos cristianos (Díaz V., 1971: 284-285; Díaz del Castillo, 1983: 44-45). Ese sentido práctico y acomodaticio se refleja también claramente en su arte.

Es evidente la existencia de un estilo propio, reconocible, pero producto de diversos estilos y elementos que se entremezclan. Es

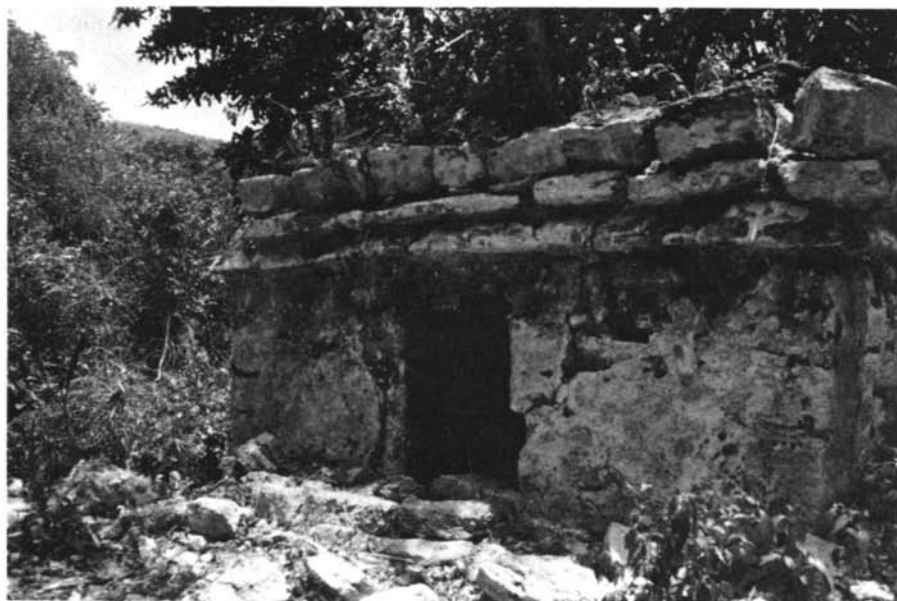
probable que el viajero o peregrino que se acercaba a uno de esos centros ceremoniales no encontrase en ellos nada de carácter tan fuertemente acusado que le produjese rechazo. Se trataría de atraer al mayor número posible de individuos, no de alejarlos. No se busca marcar diferencias, sino diluirlas.

Existen una serie de términos que suelen utilizarse más bien en sentido negativo, como calificativos de las manifestaciones arquitectónicas de la costa oriental: pequeñas dimensiones, ausencia de monumentalidad, simplicidad, eclecticismo... Podemos aceptar estos términos entendiéndolos simplemente como adjetivos e incluso dándoles un sentido francamente positivo. A través de ellos se revela otra vez la existencia de una arquitectura amable, que no busca abrumar sino acoger.

Pensemos, por ejemplo, en el navegante, para el que la visión de esos templetos enclavados al lado del agua tuvieron que ejercer un efecto tranquilizador, la promesa, dentro de su sencillez, de un abrigo seguro.

Se carece también de esa búsqueda de elevación, de la monumentalidad característica de la arquitectura maya clásica de las tierras bajas del sur. Podría concluirse que aquí no hay selva sobre la cual elevarse, no es necesario ascender para contemplar el cielo en toda su pureza; el mar abierto permite una fácil observación. Desde otra perspectiva, podría considerarse que la cantidad de mano de obra necesaria para levantar construcciones de grandes dimensiones sería difícil de obtener dada la fragmentación política de la época, pero parece lógico también que esa potencial energía humana se desplazase hacia actividades de carácter más pragmático, como la pesca, a cargo de esclavos (Roys, 1973: 662; Barrera Rubio, 1985: 54), o el comercio. Una vez más se impondría el sentido práctico; en cuanto a lo que las necesidades del culto se refiere, la monumentalidad y las dimensiones colosales no parecen en principio un requisito necesario.

Además, las necesidades de legitimación son diferentes de las que nos encontramos para el mundo clásico. La legitimación constante del poder, del derecho de los linajes nobles al sometimiento de los linajes dominados, es una constante en el arte clásico. Las imágenes visuales glorificadoras de los señores se repiten insistentemente repletas de símbolos alusivos al dominio: Posturas hieráticas, atuendos complejos, múltiples distintivos de rango, esclavos humillados y desnudos, se ofrecen de continuo ante los ojos



3.—*Xcaret: Estructura A-II.*

del campesino maya en un recuerdo constante de su ínfima condición.

El mercader maya no parece necesitar de esa legitimación visual continua de su autoridad. De hecho el dominio de las clases trabajadoras parece ser mucho más efectivo, y no es necesario legitimar visualmente lo que es efectivo realmente. El control de las redes comerciales, que en la época parecen más bien volcadas hacia artículos de primera necesidad, como el maíz, el cacao, la miel, sal, algodón, etc. (Chase and Rice, 1985: 5-6; Barrera Rubio, 1985: 61), el mantenimiento de ese control por medio de lazos familiares o por las armas, y el espíritu acomodaticio, no hacen necesario el recordatorio constante de la detentación del poder.

Entendemos pues, y todas estas afirmaciones deben considerarse como hipótesis sobre las cuales trabajar y no como postulados absolutos, que el arte arquitectónico de la costa oriental refleja un pensamiento e intencionalidad eminentemente abiertos y pragmáticos. No está destinado tanto a la glorificación de sus constructores como a la protección y al mantenimiento, tanto real

como simbólico, de las redes comerciales y de las vías de peregrinación.

El señor de la costa oriental parecía entender que era más útil atraer y proteger a comerciantes y viajeros, ampliar sus lazos comerciales, abrir nuevas rutas, afirmar así su rango y su linaje, que no protegerlo y legitimarlo simbólicamente. La época del idealismo había pasado ya, tragada por el verdor de la selva tropical. La mentalidad abierta del viajero, el horizonte azul del mar, se abría camino.

## BIBLIOGRAFÍA

ANDREWS IV, E. Wyllys, and Anthony P. ANDREWS:

1975 *A preliminary study of the ruins of Xcaret, Quintana Roo, México*, New Orleans, Middle American Research Institute, Tulane University.

BARRERA-RUBIO, Alfredo:

1985 «Litoral-Marine Economy at Tulum, Quintana Roo, Mexico», en *The Lowland Maya Postclassic*, A. F. Chase and P. M. Rice (eds.), pp. 50-61, Austin, University of Texas Press.

BAUDEZ, Claude-François, et Pierre BECQUELIN:

1984 *Les Mayas*, Paris, Gallimard.

CHASE, Arlen F., and Prudence M. RICE (eds.):

1985 *The Lowland Maya Postclassic*, Austin, University of Texas Press.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal:

1983 *Historia de la conquista de Nueva España*. Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México D.F., Porrúa.

DÍAZ V., Juan:

1971 «Itinerario de... Grijalva», en *Colección de Documentos para la Historia de México*, edición de García Icazbalceta, pp. 281-308, México D.F., Porrúa.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo:

1959 *Historia general y natural de las Indias, II*. Edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles.

GENDROP, Paul, y Doris HEYDEN:

1975 *Arquitectura mesoamericana*, Madrid, Aguilar.

HERRERA, Antonio de:

1936 *Historia general...*, tomo IV, notas de M. Ballesteros, Madrid.

LÓPEZ DE GOMARA, Francisco:

1946 *Hispania Victrix. Conquista de Méjico. Primera y segunda parte de la Historia y crónica general de las Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, historiadores primitivos de Indias, tomo I. Col. y dirección de Enrique de Vedia, pp. 155-294, Madrid.

MILLER, Arthur G.:

- 1973 The mural painting in Structure 12 at Tancah and in Structure 5 at Tulum, Quintana Roo, México: implications of their style and iconography, *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti, Roma-Génova, 1972*, vol. I, pp. 465-471, Génova.
- 1974 West and East in Maya thought: Death and Rebirth at Palenque and Tulum, in *Primera mesa redonda de Palenque*, M. G. Robertson, ed., pp. 45-49, Pebble Beach, California: The Robert Louis Stevenson School, Pre-Columbian Art Research Institute.
- 1977 The Maya and the Sea: Trade and Cult at Tancah and Tulum, Quintana Roo, México, in *The Sea in the Pre-Columbian World*, E. Benson, ed., pp. 97-138, Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Trustees for Harvard University.
- 1985 The Postclassic sequence of Tancah and Tulum, Quintana Roo, México, in *The Lowland Maya Postclassic*, A. F. Chase and P. M. Rice (eds.), pp. 31-49, Austin, University of Texas Press.
- PEISSEL, Michel:  
 1973 *El mundo perdido de los mayas*, Barcelona, Juventud.
- POLLOCK, Harry E. D.:  
 1973 Architecture of the Maya Lowlands, in *Handbook of Middle American Indians, vol. 2, Archaeology of Southern Mesoamerica, parte one*, G. R. Willey (ed.), pp. 378-440, Austin, University of Texas Press.
- ROYS, Ralph L.:  
 1973 Lowland Maya Native Society at Spanish Contact, in *Handbook of Middle American Indians, Archaeology of Southern Mesoamerica, part two*, G. R. Willey (ed.), pp. 659-698, Austin, University of Texas Press.
- SABLOFF, Jeremy A.:  
 1977 Old Myths, New Myths: The Role of Sea Traders in the Development of Ancient Maya Civilization, in *The Sea in the Pre-Columbian World*, E. Benson (ed.), pp. 67-95, Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Trustees for Harvard University.
- SABLOFF, Jeremy A., and D. A. FRIEDEL:  
 1975 A model of a Pre-Columbian Trading Center, in *Ancient Civilization and Trade*, J. A. Sabloff and C. C. Lamberg-Karlovsky (eds.), pp. 369-408, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- SABLOFF, Jeremy A., and William L. RATHJE:  
 1975 *Changing Pre-Columbian Commercial Systems. Cozumel. Mexico*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University, Peabody Museum Monographs.
- STIERLIN, Henri:  
 1981 *L'Art Maya: Des Olmeques aux Mayas Tolteques*, Fribourg, Office du livre.